

INTRODUCCIÓN  
¿GUERRA O PAZ?

Ha habido tantas plagas como guerras en la historia; pero tanto las guerras como las plagas siempre toman por sorpresa a la gente.

ALBERT CAMUS, *La peste*

Nada de cuanto ha sucedido, ni nada que haya sido deseado, planeado o imaginado puede considerarse irrelevante.  
La guerra no es un accidente: es un resultado.  
Nunca se mira demasiado atrás para indagar sus causas.

ELIZABETH BOWEN, *Bowen's Court*

**S**egún una guía de viajes de 1910, Lovaina era una ciudad apagada, pero al llegar su momento ardió con un fuego espectacular. Ninguno de sus habitantes podía imaginarse un destino así para su pequeña, hermosa y civilizada ciudad. Tras muchos siglos de paz y prosperidad, Lovaina era conocida por sus maravillosas iglesias, sus casas antiguas, su magnífico ayuntamiento de estilo gótico y su famosa universidad, fundada en 1425. La biblioteca de esta, ubicada en la vieja y distinguida Lonja de los Paños, albergaba doscientos mil volúmenes, entre ellos grandes obras teológicas y de autores clásicos, además de una rica colección de manuscritos, desde un pequeño cancionero anotado por un monje del siglo XI hasta incunables laboriosamente ilustrados a lo largo de los años. Sin embargo, a finales de agosto de 1914, el olor a humo impregnaba el aire, mientras Lovaina era arrasada por unas llamas que podían verse a kilómetros de distancia. Gran parte de la ciudad, incluida su gran biblioteca, desaparecía, al tiempo que sus desesperados habitantes escapaban penosamente hacia el campo

con todo lo que podían cargar. Una estampa que llegaría a ser bien conocida en el siglo XX.

Como casi toda Bélgica, Lovaina tuvo la desgracia de hallarse en la ruta de la invasión alemana de Francia durante la Gran Guerra, que comenzó en el verano de 1914 y duraría hasta el 11 de noviembre de 1918. Los planes alemanes determinaban una guerra en dos frentes: una acción dilatoria contra Rusia en el este y, en el oeste, una invasión y derrota rápidas de Francia. Se suponía que Bélgica, un país neutral, aceptaría sin problema ser atravesada por las tropas alemanas que se dirigían hacia el sur. Como buena parte de lo que sucedería en la Gran Guerra, tal suposición resultó errónea. El gobierno belga decidió ofrecer resistencia, lo que desbarató de inmediato los planes alemanes, y Gran Bretaña, tras algún titubeo, le declaró la guerra a Alemania. Para cuando llegaron a Lovaina el 19 de agosto, las tropas alemanas ya estaban resentidas contra Bélgica, debido a lo que consideraban una resistencia irrazonable, y también nerviosas ante la posibilidad de ser atacadas por fuerzas belgas y británicas, o por civiles levantados en armas.

Durante los primeros días todo fue bien: los alemanes se comportaron correctamente, y los ciudadanos de Lovaina estaban demasiado asustados como para mostrar hostilidad hacia los invasores. El 25 de agosto llegaron nuevas tropas alemanas, en retirada tras un contraataque belga, y se propagó el rumor de que venían los británicos. Hubo disparos, muy posiblemente por parte de soldados alemanes nerviosos y quizá ebrios. El pánico cundió entre los propios alemanes, convencidos de que estaban siendo atacados, y dieron comienzo a sus represalias. Aquella noche, y durante los días siguientes, sacaron a los civiles de sus hogares, asesinando a algunos, entre ellos al alcalde, al rector de la universidad y a varios oficiales de policía. Murieron en total unas doscientas cincuenta personas, de una población de cerca de diez mil, y muchas más fueron increpadas y golpeadas. Mil quinientos habitantes de Lovaina, desde niños hasta ancianos, fueron enviados por tren hasta Alemania, donde una multitud los recibió con burlas e insultos.

Los soldados alemanes –con la frecuente participación de sus oficiales– saquearon la ciudad e incendiaron a conciencia los edificios.

Fueron destruidas mil cien casas, de las nueve mil que había en Lovaina. Una iglesia del siglo XV ardió hasta los cimientos y su tejado se desplomó. Cerca de la medianoche del 25 de agosto, unos soldados alemanes entraron en la biblioteca y la rociaron con gasolina. Por la mañana el edificio estaba en ruinas y su colección había dejado de existir, aunque las llamas no se extinguieron hasta días después. Un sacerdote y estudioso de la localidad se entrevistó unos días después con el embajador de Estados Unidos en Bélgica. El hombre logró contener la calma mientras hablaba de la destrucción de la ciudad, de los amigos muertos, de la desolación de los refugiados..., pero al ponerse a hablar de la biblioteca, se tapó la cabeza con los brazos y rompió a llorar.<sup>1</sup> “El centro de la ciudad es un montón de ruinas humeantes”, contaba un profesor a su regreso. “Por todas partes hay un silencio opresivo. Han huido todos; por las ventanas de los sótanos asoman rostros aterrorizados”.<sup>2</sup>

Este fue solo el principio de la autodevastación de Europa durante la Gran Guerra. Poco después del saqueo de Lovaina, los cañones alemanes acabaron con la catedral de Reims, la más hermosa e importante de Francia, que en sus setecientos años había visto la coronación de la mayoría de los reyes franceses. Allí se encontró en el suelo la cabeza de una de sus magníficas esculturas de ángeles, con su beatífica sonrisa intacta. Yprés, con su espléndida Lonja de los Paños, quedó reducida a escombros; y el corazón de Treviso, en el norte de Italia, fue arrasado por las bombas. Gran parte de esta destrucción –aunque no toda– fue perpetrada por Alemania, lo que causó un profundo impacto en la opinión pública estadounidense y contribuyó a que en 1917 Estados Unidos entrara en la guerra. Un profesor alemán diría amargamente al término de la misma: “Hoy podemos afirmar que los nombres de Lovaina, Reims y *Lusitania* acabaron, casi por igual, con la simpatía de los estadounidenses por Alemania”.<sup>3</sup>

En comparación con lo que estaba por venir –los más de nueve millones de soldados muertos y otros quince millones de heridos, la devastación de casi todo el resto de Bélgica, del norte de Francia, de Serbia y de parte de los imperios ruso y austrohúngaro–, las pérdidas de Lovaina fueron pequeñas. Pero lo allí sucedido se convirtió en un símbolo de la

destrucción insensata, del daño infligido por los propios europeos a la que fuera la zona más próspera y poderosa del mundo, y del odio irracional e incontrolable entre pueblos que tanto tenían en común.

La Gran Guerra comenzó lejos de Lovaina, en el otro extremo de Europa, en los Balcanes, en Sarajevo, con el asesinato del archiduque Francisco Fernando, heredero al trono austrohúngaro. Al igual que los incendios que asolaron Lovaina, aquel acto fue el detonante de un conflicto que se extendió por casi toda Europa y buena parte del mundo. Las mayores batallas y las pérdidas más cuantiosas tuvieron lugar en los frentes occidental y oriental; pero también se combatió en los Balcanes, en el norte de Italia, en Oriente próximo y en el Cáucaso, así como en extremo Oriente, el Pacífico y África. Soldados de todo el mundo llegaron a Europa provenientes de la India, Canadá, Nueva Zelanda o Australia, por parte del imperio británico; o desde Argelia o el África subsahariana, por parte del francés. China envió culíes para que transportaran suministros y cavaran trincheras para los aliados; y Japón, otro aliado, ayudó a patrullar las vías marítimas. En 1917, Estados Unidos, hostigado hasta lo intolerable por las provocaciones alemanas, entró en la guerra. En ella perdió cerca de ciento catorce mil soldados, y llegó a sentirse embaucado, metido en un conflicto en el que no tenía nada que ganar.

La paz, o algo parecido, llegó en 1918. Para entonces, Europa y el mundo eran muy diferentes. Habían caído cuatro grandes imperios: el ruso, que antaño sometiera a pueblos tan diversos como el polaco en el oeste y el georgiano en el este; el alemán, con sus territorios polacos y de ultramar; el austrohúngaro, el gran imperio multinacional centroeuropeo; y el otomano, que aún poseía algunas zonas de Europa, la actual Turquía y casi todo el Oriente próximo árabe. Los bolcheviques habían tomado el poder en Rusia con el sueño de crear un mundo nuevo comunista, y su revolución desencadenó otras similares en Hungría, Alemania y posteriormente en China. El viejo orden internacional desapareció para siempre. Más débil y empobrecida, Europa ya no era la dueña indiscutible del mundo. Sus colonias estaban azotadas por movimientos nacionalistas, y en la periferia emergían nuevas potencias: Japón en el este y Estados Unidos en el

oeste. La Gran Guerra no fue la causa del auge de la nueva superpotencia occidental –puesto que ya estaba en marcha–, pero sí aceleró la llegada del siglo estadounidense.

El precio que Europa pagó por la Gran Guerra fue terrible, en múltiples aspectos: en los veteranos que nunca se recuperaron psicológica o físicamente, en las viudas y huérfanos, o en las muchachas que nunca se casaron debido a la cantidad de hombres muertos. Durante los primeros años de paz, nuevos males aquejaron a la sociedad europea: la epidemia de gripe (quizá como resultado de haber removido la fértil tierra, llena de microbios, del norte de Francia y Bélgica), que segó la vida de unos veinte millones de personas en todo el mundo; la hambruna, originada por la ausencia de hombres que cultivaran los campos y de redes de transporte que hicieran llegar los alimentos a los mercados; o la agitación política, provocada por extremistas de derecha y de izquierda que empleaban la fuerza para alcanzar sus objetivos. En Viena, que había sido una de las ciudades más ricas de Europa, el personal de la Cruz Roja observó brotes de fiebre tifoidea, cólera, raquitismo y escorbuto, males que ya se creían erradicados de Europa. Y, para rematarlo, resultó que las décadas de 1920 y 1930 no fueron sino una simple pausa en lo que ahora consideran algunos la última guerra de los Treinta Años europea. Cuando en 1939 estalló la Segunda Guerra Mundial, la Gran Guerra recibió un nuevo nombre.

Esta aún extiende su sombra, tanto sobre nuestro mundo como sobre nuestra imaginación. Toneladas de munición de artillería permanecen enterradas en los campos de batalla, y cada cierto tiempo alguien –quizá un desafortunado agricultor que labra su parcela en Bélgica– se suma a la lista de bajas. Cada primavera, con el deshielo, unidades de los ejércitos belga y francés tienen que recoger los proyectiles sin estallar que salen a la superficie. La Gran Guerra permanece también en nuestros recuerdos, como un capítulo oscuro y terrible de nuestra historia, en buena parte gracias a la extraordinaria profusión de memorias, novelas y cuadros, pero también debido a los vínculos familiares que muchos de nosotros tenemos con ella. Mis dos abuelos participaron en la guerra: uno en Oriente próximo, con el ejército de la India; el otro era un médico canadiense que sirvió en

un hospital de campaña del frente occidental. Mi familia todavía conserva las medallas que ganaron, una espada que le había regalado un paciente agradecido en Bagdad, y una granada de mano con la que jugábamos cuando niños en Canadá, hasta que alguien se dio cuenta de que probablemente no estuviera desactivada.

También recordamos la Gran Guerra por cuanto constituye un gran enigma. ¿Cómo pudo Europa hacerse esto a sí misma, y al mundo? Hay muchas explicaciones posibles, tantas que resulta difícil decantarse por una. Para empezar, están la carrera armamentista, los rígidos planes militares, las rivalidades económicas, las guerras comerciales, el imperialismo y sus escaladas colonialistas, o los sistemas de alianzas que dividían a Europa en bandos hostiles. Las ideas y emociones a menudo traspasaban las fronteras nacionales: el nacionalismo, con sus componentes repugnantes de odio y desprecio hacia los otros; el miedo a la pérdida o a la revolución, a los terroristas y a los anarquistas; las esperanzas de cambio o de un mundo mejor; las exigencias del honor y la hombría, que implicaban no ceder ni mostrar debilidad; o el darwinismo social, que clasificaba las sociedades humanas como si fuesen especies y promovía, no ya la fe en la evolución y en el progreso, sino en la inevitabilidad de la lucha. Cabe también preguntarse por el papel y las motivaciones de cada nación: ¿las ambiciones de las potencias emergentes, como Alemania y Japón? ¿Los temores de las que estaban en declive, como Gran Bretaña? ¿La venganza de Francia y Rusia? ¿La lucha por la supervivencia del imperio austrohúngaro? En cada nación, por su parte, existían presiones internas: un creciente movimiento obrero, por ejemplo, o fuerzas expresamente revolucionarias; demandas en favor del voto femenino o de la independencia de países sometidos; o la lucha de clases, o de creyentes y anticlericales, o de militares y civiles. ¿En qué medida estos factores actuaron en favor del mantenimiento de la paz en Europa o la impulsaron a la guerra?

Las fuerzas, las ideas, los prejuicios, las instituciones y los conflictos son ciertamente factores importantes. Pero no tienen en cuenta a los individuos –que al fin y al cabo no fueron tantos– en cuyas manos estaba decir “sí, adelante, desatemos la guerra”, o bien “no, detengámo-

nos”. Algunos eran monarcas hereditarios con mucho poder, como el káiser de Alemania, el zar de Rusia o el emperador austrohúngaro. Otros, como el presidente de Francia o los primeros ministros de Gran Bretaña e Italia, pertenecían a regímenes constitucionales. La tragedia de Europa y el mundo, vista desde hoy, estuvo en que ninguno de los actores clave de 1914 fue un líder con la suficiente grandeza e imaginación, ni con el suficiente coraje, como para oponerse a las presiones que empujaban hacia la guerra. Cualquier explicación de cómo se desencadenó la Gran Guerra deberá tener en cuenta que en el pasado los hombres se han visto a veces arrastrados por las grandes corrientes, pero también a veces han logrado alterar su cauce.

Resulta cómodo encogerse de hombros y decir que la Gran Guerra fue inevitable; pero se trata de una conclusión peligrosa, y más teniendo en cuenta que nuestro mundo se asemeja en algunos aspectos, aunque no en todos, al de los años previos a 1914, es decir, al mundo que fue barrido por la guerra. El de hoy se enfrenta a desafíos similares, de orden revolucionario e ideológico, como el auge de la violencia religiosa o de las protestas sociales; y también a otros que nacen de la tensión entre las naciones que prosperan y las que entran en decadencia, como China y Estados Unidos. Necesitamos pensar cuidadosamente acerca de cómo se generan las guerras y cómo podemos preservar la paz. Las naciones se enfrentan entre sí, tal como hicieron antes de 1914, en lo que sus líderes consideraban un juego controlado de alardes y simulaciones. Pero qué rápido y cuán de repente pasó Europa de la paz a la guerra en aquellas cinco semanas que siguieron al asesinato del archiduque. En otras crisis anteriores, algunas tan graves como la de 1914, Europa no perdió los estribos. Los líderes –y en buena parte sus respectivos pueblos– habían escogido resolver sus diferencias y preservar la paz. ¿Por qué no fue así en 1914?

Imaginemos para empezar un paisaje, por el que caminan personas. El terreno, la vegetación, las colinas y los arroyos serían los componentes esenciales de Europa, desde su economía hasta su estructura social; en tanto que las brisas serían las corrientes de pensamiento que conformaban las opiniones y puntos de vista europeos. Suponga el lector que es uno de los caminantes. Tendrá distintas opciones

ante sí. El clima es agradable, pero pueden verse algunas nubes en el cielo. El camino que hay por delante es fácil, porque cruza una llanura. El lector sabe que debe seguir avanzando, porque el ejercicio es bueno y porque desea llegar a un destino seguro. También sabe que mientras camina debe tener cuidado: puede haber animales peligrosos, ríos que vadear, abruptos precipicios más adelante... No se le pasa por la cabeza que pudiera caerse por uno de ellos y morir. El lector es un caminante lo suficientemente sensato y experimentado.

Y sin embargo, en 1914 Europa se dirigió al abismo en un conflicto catastrófico que traería la muerte de millones de seres humanos, desangraría sus finanzas, haría temblar imperios y sociedades hasta destrozarlos, y socavaría para siempre el dominio europeo sobre el mundo. Las fotografías de las multitudes dando vítores en las grandes capitales son engañosas. La llegada de la guerra tomó por sorpresa a la mayoría de los europeos, y su reacción inicial fue de incredulidad y conmoción. Estaban acostumbrados a la paz. Tras el fin de las guerras napoleónicas, siguió el siglo más pacífico que conoció Europa desde la época del imperio romano. Es cierto que hubo guerras, pero o bien tuvieron lugar en colonias lejanas, como las guerras zulúes en el sur de África, o en la periferia de Europa, como la guerra de Crimea; o bien fueron contiendas cortas y concluyentes, como la guerra franco-prusiana.

El empujón decisivo hacia la guerra duró poco más de un mes: entre el asesinato del archiduque austriaco en Sarajevo el 28 de junio, y el estallido en Europa de una guerra generalizada el 4 de agosto. En último extremo, las decisiones cruciales de aquellas semanas, que condujeron a Europa a la guerra, fueron tomadas por un número sorprendentemente pequeño de personas (todos ellos hombres). Pero para comprender por qué actuaron como lo hicieron, hemos de remontarnos más atrás y analizar las fuerzas que los conformaron. Necesitamos entender las sociedades e instituciones que los produjeron. Debemos tratar de comprender los valores y las ideas, las emociones y los prejuicios, que configuraban su visión del mundo. También tenemos que recordarnos a nosotros mismos que, con escasísimas excepciones, no sabían muy bien adónde conducían a sus países y al

mundo. Esto revela lo en sintonía que estaban con su propia época; la mayoría de los europeos creía que una guerra general era imposible, o improbable, o que estaba destinada a terminar rápidamente.

Al tratar de interpretar los acontecimientos del verano de 1914, deberíamos meternos en la piel de nuestros antepasados de hace un siglo, antes de insultarlos, criticarlos y acusarlos. Ya no podemos preguntarles a quienes tomaron aquellas decisiones en qué pensaban cuando dieron tales pasos en el camino de la destrucción; pero, gracias a los documentos de la época y a las memorias posteriores, podemos hacernos una idea bastante aproximada. Una cosa está clara: a la hora de tomar sus decisiones, o de eludirlas, tuvieron muy presentes otras crisis y situaciones previas.

Por ejemplo, los líderes rusos no habían olvidado ni perdonado la anexión de Bosnia y Herzegovina por el imperio austrohúngaro en 1908. Rusia, por su parte, no había respaldado a su protegida Serbia cuando esta hubo de enfrentarse una y otra vez al imperio austrohúngaro en las guerras de los Balcanes de 1912-1913. Ahora el imperio austrohúngaro amenazaba con destruir Serbia. ¿Qué sería de Rusia y su prestigio si nuevamente permanecía al margen, sin hacer nada? ¿Acaso Alemania no le había dado un respaldo total a su aliado el imperio austrohúngaro en aquellas confrontaciones? Si Rusia no hacía nada esta vez, ¿perdería a su único aliado seguro? El hecho de que estas potencias hubiesen resuelto pacíficamente otras crisis muy graves, a propósito de las colonias o en los propios Balcanes, añadió otra variable a la ecuación de 1914. La amenaza de la guerra se había esgrimido ya antes, pero entonces terceras partes presionaron decisivamente, se hicieron concesiones, se celebraron exitosas cumbres en las que se logró sortear el riesgo del conflicto. La temeridad política había obtenido resultados. Seguramente esta vez, en 1914, volvería funcionar el mecanismo. Pero no fue así. Esta vez el imperio austrohúngaro sí declaró la guerra a Serbia, respaldado por Alemania; Rusia decidió apoyar a Serbia y entró en guerra con el imperio austrohúngaro y Alemania; Alemania atacó a Francia, aliada de Rusia; y Gran Bretaña intervino en defensa de sus aliados. Así se vinieron abajo los límites.